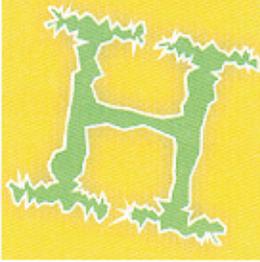


# La Pandilla de Miguel



Dirección Ejecutiva de Educación Cívica y Capacitación Electoral





ola, me llamo Miguel, y ésta es la historia de mi pandilla.

Nosotros éramos más o menos amigos antes de viajar juntos, pero después del viaje, nos hicimos compañeros para siempre, como dice Miriam, que a veces es una niña cursi, pero que hace unos pasteles muy ricos.

Mi maestra de Ciencias Sociales me pidió que escribiera un reporte de las vacaciones de Semana Santa, y mi papá me dijo que me daba permiso de ir al viaje con la condición de que escribiera un diario para que luego planeáramos toda la familia ir juntos a la Sierra.

Porque no había escrito que el viaje que hicimos fue a la Sierra Gorda y que vivimos muchas aventuras, no como en las películas de acción pero sí fue muy emocionante, y por eso junté todos mis apuntes para escribirlos aquí, a lo mejor un día se los doy a Miriam a ver qué piensa. Voy a poner todas las cosas de verdad, tal como pasaron, porque hubo momentos buenos y también ratos en que no nos poníamos de acuerdo y casi casi que nos peleamos.

Voy a comenzar por el principio, porque luego ni yo me entiendo.

Un viernes antes de las vacaciones, estábamos en Plaza de Armas, dando vueltas como mayates, cuando llegaron las niñas y Alejandro, que es muy listo pero a veces se pasa de presumido, se puso a decir que se iba a ir con su tío Héctor a buscar tesoros. Yo no se lo creí, pero Miriam que es su hermana, dijo que sí era cierto, que el tío había alquilado un equipo para detectar metales y que ellos tenían una tía viejísima, que era la hermana menor de su bisabuela que vivía en Jalpan y que les daba permiso de escarbar en su corral para buscar el tesoro.

Ellos creían que había mucho dinero escondido en ollas, debajo de un árbol o de los gallineros, porque tenían un antepasado que era muy rico y que cuando ocurrió la revolución, hace casi un siglo, todo lo enterró. La tía de mis amigos nomás se ríe cuando le dicen lo del tesoro, porque ella cree que su papá, que era el rico, gastó su dinero en viajes y malos negocios. Pero les dio permiso de excavar al tío Héctor y a sus sobrinos, porque el árbol de aguacate de todas maneras era ya muy viejo y estaba seco, y pensaba regalar casi todas las gallinas, porque ya no las podía cuidar.



Total que estábamos oyendo a Alejandro y Miriam diciendo esas cosas de los tíos y el tatarabuelo, y entonces Enrique nos dijo que él quería ir, porque siempre había soñado con encontrar un tesoro enterrado. Alejandro le contestó que iba a hablar con el tío Héctor, porque mientras más personas fueran, tendrían que repartir las monedas de oro entre todos, y ya no le iba a alcanzar para ser millonario, porque él quería tener un carro último modelo y una moto. Por andar de payaso, a él le tocó pagar los helados.

Cuando regresamos a donde está la fuente con los perros, Miriam nos dijo que esa estatua que está allí es un marqués que construyó el acueducto. Su amiga, que se llama Alicia y tiene el pelo largo, llegó de México hace tres años y dice que su familia apenas se está acostumbrando a vivir aquí, pero que ella se siente contenta.

—¿Por qué te gusta Querétaro? —le preguntó Enrique, como si Alicia hubiera dicho que le gustaban los marcianos.

—Porque es una ciudad muy limpia, me siento a gusto de que mis papás me den permiso de salir sola porque no hay tantos peligros como en México, y por la historia.



—¿Cuál historia? —volvió a preguntar Enrique, que no piensa más que en futbol, en los coches deportivos, por eso es amigo de Alejandro, y en que



cuando sea grande va a construir puentes y carreteras.

—Las cosas históricas que pasaron aquí, como el inicio de la Independencia, o la Constitución, esas cosas.

—¿Y qué te gusta de esas cosas?  
—preguntó Alejandro, que siempre estaba hablando de Alicia, y que se sentía celoso de Enrique, pues a los dos les gustaba Alicia. Pero Miriam le platicó que Alicia no quería tener novio, sólo amigos, y que iba a tener novio cuando estuviera en segundo de prepa.

—Pues me gusta —ella también se puso nerviosa, porque todos la estábamos mirando— me gusta que esas cosas de la historia las hicieron grupos de personas que se pusieron de acuerdo para algo.

—Pero el marqués no se puso de acuerdo, sólo pagó los arcos y ya —dijo Alejandro, que se sentía como experto en historia porque el año pasado se sacó diez en el final.

—Estás loco —le contestó su hermana— el marqués puso la mayor parte del dinero, pero también la gente ayudó, y el gobierno.

—Demuéstramelo —dijo Alejandro, como apostando.

—Aquí está —dijo Alicia, que siempre iba a Plaza de Armas los viernes en la noche— lee la placa, ¿ves? el



marqués puso dinero, pero los vecinos también.

—Además mucha gente construyó el acueducto —dijo Enrique, como si estuviera viendo a los trabajadores trayendo las piedras y levantando los arcos— y fue un acontecimiento para toda la ciudad.

—Bueno, entonces, ¿quién va a ir a Jalpan? —preguntó Alejandro, que no dejaba de pensar en el tesoro.

—Si me dan permiso, yo voy —contestó Alicia con mucha seguridad, como si fuera la directora de la escuela.



—¿Tú? —le preguntamos los hombres al mismo tiempo, como cuando gritamos ¡gol! en los partidos.

Estábamos asombrados por la respuesta de Alicia. No habíamos pensado en llevar niñas, porque pensábamos que cavar hoyos en la tierra era muy pesado, cosa de hombres y además eran otras dos personas para repartirse el dinero, porque claro que si iba Alicia tenía que ir a fuerza Miriam. Y ella fue la que logró que las aceptáramos, porque nos dijo:

—¿Saben ustedes lo que es el trabajo en equipo?

—¡Pues claro! —contestamos todos, como diciendo ¡que tonta niña! porque todos hemos hecho trabajos de la escuela en equipo.

—Pues entonces saben que además de cavar hoyos hay que comer, y ¿quién va a preparar la comida? Además hay que organizar el viaje y todo y mi tío siempre me encarga el dinero de los viajes, porque dice que yo soy muy buena administradora.

La verdad es que Alejandro y Enrique sí querían que fuera Alicia, aunque tuvieran que esperar a que



estuvieran en prepa para saber quién de ellos iba a ser su novio, y además fue una súper idea, porque las niñas hicieron riquísima comida con la tía y también nos ayudaron a cavar, porque yo no sabía que cavar hoyos fuera tan pesado y difícil. Y ellas eran más fuertes de lo que pensamos. Al día siguiente ya estábamos en la casa de los tíos de Alejandro. Ellos se llaman Lili y Héctor. Son jóvenes y están casados y todo, pero son muy alegres, les gusta viajar con sus sobrinos, se ponen ropa de mezclilla y acampan o pescan en los ríos y les gustan las aventuras. Además les gusta mucho salir de viaje con Alejandro y Miriam porque ellos no tienen papá y su mamá no tiene dinero, además de que tiene que trabajar en un hotel, y por eso no pudo salir de vacaciones, pues mucha gente viene a nuestra ciudad a



ver la Procesión del Silencio y a recorrer los lugares históricos, éstos que le gustan a Alicia.

Los tíos estuvieron de acuerdo en que fuéramos todos. Ellos mismos nos fueron a pedir permiso a Enrique, Alicia y a mí, y mis papás dijeron que sí porque ya estoy grande, y además tenía ahorrado el dinero que me dieron mis abuelos en mi cumpleaños, y lo que gané cuando vendí los periódicos viejos en el centro de acopio.

Los tíos de Alejandro tienen una camioneta verde, con tres asientos grandes donde cabíamos todos, aunque no es nueva ni tiene aire acondicionado ni equipo de sonido, pero se llevaron una grabadora de pilas para el camino.

El lunes por la mañana tuvimos la junta más importante, antes de comenzar el viaje. Lili y Héctor decían que todo tenía que ser de común acuerdo, por mayoría de votos, y que todos teníamos derecho a expresar

nuestra opinión. Para mí eso era algo nuevo, porque mis papás no me dan derecho a voz ni voto, tengo que arreglar mi cuarto sin discutir, y regar las plantas, sacar la basura y comprar las tortillas todos los días además de sacar buenas calificaciones y lavar los trastes del desayuno los domingos, si quiero salir con mis amigos. Pero bueno, no me quejo porque tengo unos papás que me quieren, y veo que hay muchachos de mi edad que viven en la calle, y que no tienen cama donde dormir, como la que yo tengo aunque comparta mi cuarto con Juan mi hermano.

Miriam fue la responsable del dinero, Alicia se hizo cargo de ayudar a Lili con la comida, Alejandro era el encargado de los picos y palas, Enrique fue con Héctor por los aparatos, y yo escribía las notas del viaje, además de que hacía cuentas todos los días con Miriam. Todos recogíamos lo de la comida y cada quien se hizo responsable de sus propias cosas;

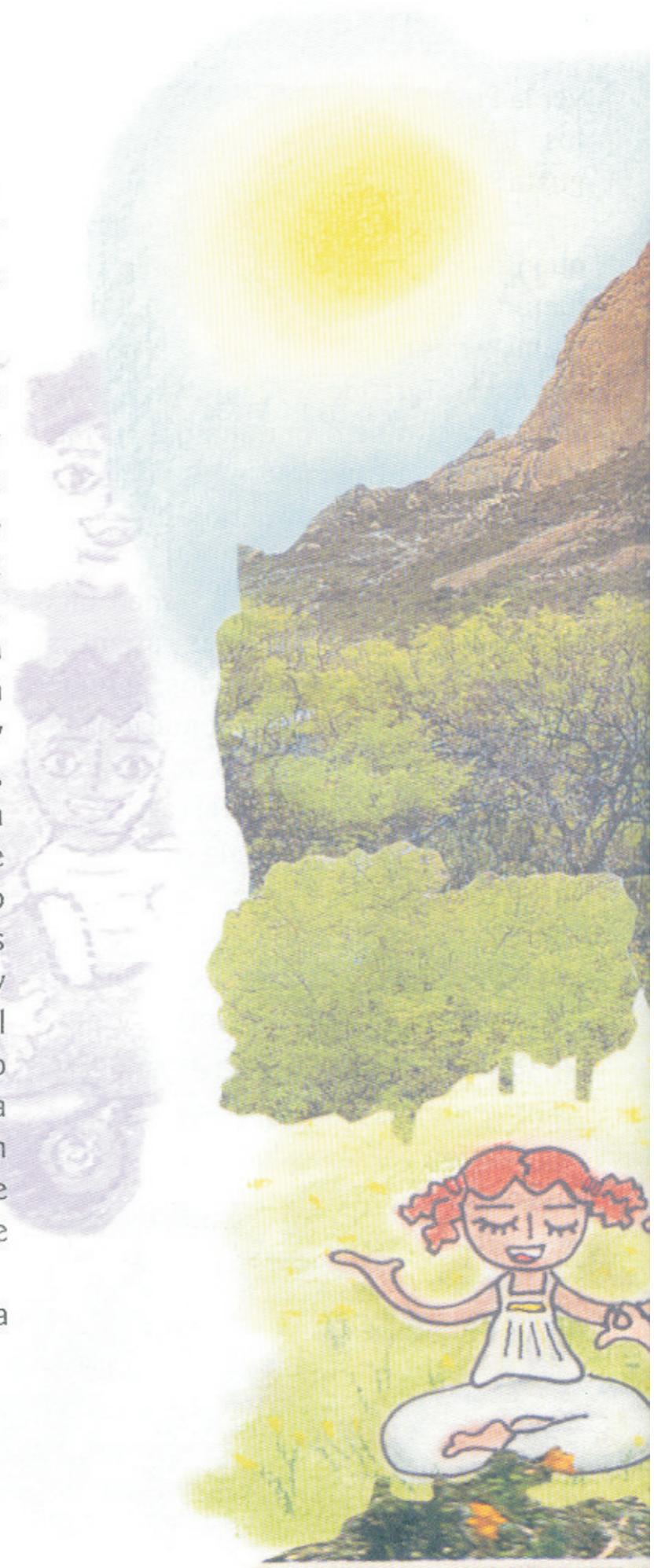
Llevamos bolsas de dormir, pantalones gruesos, tenis y gorras, trajes de baño para



meternos a nadar al río y una caña de pescar que prestó el papá de Enrique. Y arrancamos. La primera discusión fue por la música.

Miriam, niña tenía que ser, llevaba tres cassettes de los *Backstreet Boys* y de *Britney Spears*, que son todos en inglés y que a mí no me gustan, Enrique llevaba las canciones de *Luis Miguel*, que más o menos a todos les gustaron, pero la tía Lili, que es todavía más cursi que Alicia, quería que oyéramos a Vivaldi, o sea música de esa clásica que no se canta como las canciones, pero aunque ella y Héctor eran los dueños de la camioneta, todos votamos que íbamos a oír una hora la música de uno y otra hora la de otro. Y nos aguantamos porque eso decidimos con los votos. Votábamos que sí con el dedo índice para arriba, y que no con el pulgar hacia abajo. Total que, ya a medio camino no se me hizo tan aburrido el Vivaldi ese. Y como la tía Lili nos iba explicando que significaban las estaciones del año, y nos dijo que hacía el sonido del otoño y todo eso, le entendimos más o menos.

Primero fuimos a desayunar a Bernal.

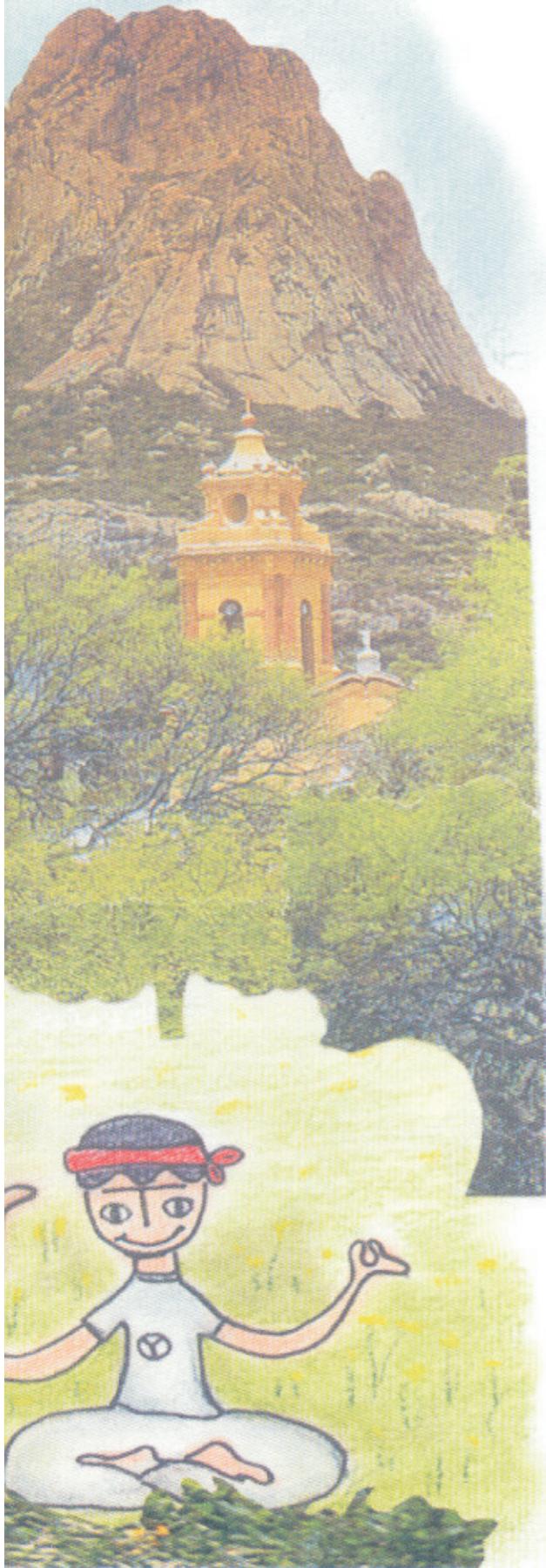


En Bernal hay una roca inmensa, una peña que le dicen, que es una de las más grandes del mundo. Y algunos piensan que es como mágica, como que da energía si vas allá el día en que comienza la Primavera. Entonces platicamos en el desayuno, en la plaza donde nos tomamos el jugo de naranja que yo preparé, de lo que cada quien pensaba, de la vida después de la muerte y esas cosas, y entonces Enrique nos dijo muy serio, que él creía en la reencarnación y que sus papás no eran católicos.

Alejandro lo vio como si fuera bicho raro. Los tíos nomás se quedaron callados, como diciendo ¡órale! Y esperando a ver cómo reaccionábamos nosotros.

Alicia le dijo que muchos de sus amigos no pensaban como ella, en eso de la religión y costumbres familiares, pero que ella los quería de todas maneras. A Enrique como que se le quitó un peso de encima. Me vio como diciendo: ¿eh, qué tal? ¿no te dije que esta niña era lista?

Entonces el tío nos dijo eso de que el respeto al derecho ajeno es la paz,

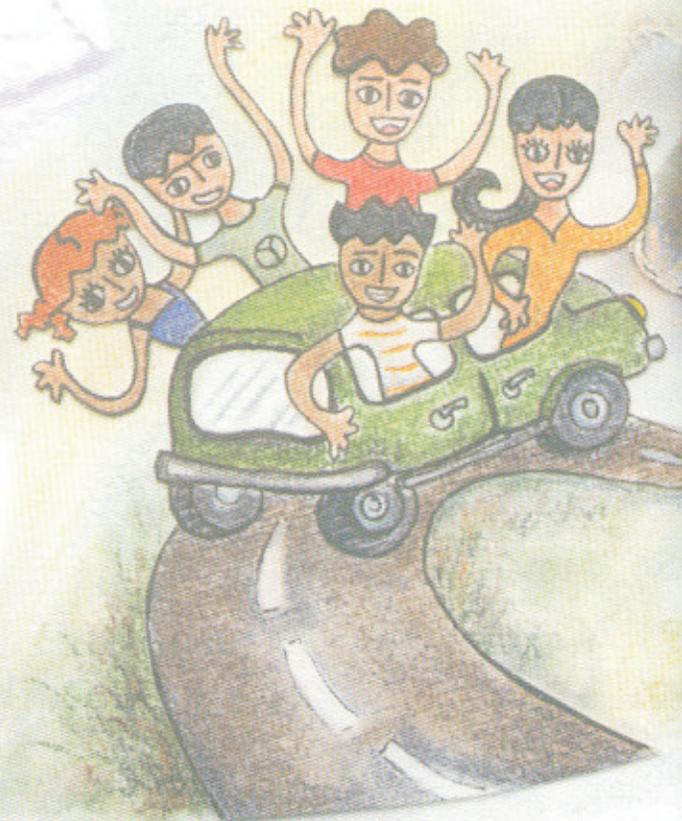


# La Pandilla de Miguel

como el maestro de civismo dice que decía Benito Juárez y que lo importante era que fuéramos buenas personas, que nos respetáramos unos a otros, y que vivíamos en una democracia, y otras cosas que siempre salen en la televisión pero que yo no había entendido bien, hasta el viaje, en que todo se votaba, hasta el asiento que ocupamos en la camioneta.

Además me pasó una cosa muy chistosa: comencé a sentir que estábamos todos en una película, viviendo una aventura y que al final íbamos a conseguir el tesoro, y que nos hacíamos ricos, y que con ese dinero yo iba a construir un balneario grande con albercas y toboganes, y Enrique iba a comprar su carro. Las niñas decían que iban a dar una parte para un orfanato donde van en vacaciones a jugar con los bebés, y oyéndolas me quedé dormido un rato. Cuando desperté, la tía iba cantando, porque también habíamos votado que entre cassette y cassette alguien podía cantar. Total, que comienzo a ver la sierra, montaña tras montaña, como si fueran nubes, o las olas de un mar de piedra, una

inmensidad de montañas, y la carretera que es una curva tras otra. Yo estaba





pensando en lo grande que es el estado, aunque es de los más pequeños de la república, y la tía como que adivinó mis pensamientos porque me dijo que a ella lo que más le impresionaba era cómo llegaron los misioneros y los primeros colonizadores españoles, que tuvieron que atravesar las montañas sin carretera, sin agua purificada en botellas de plástico, sin mucha comida, caminando y con mulas donde cargaban lo más importante.

—Y sin música de Britney Spears —dijo el tío, y todos nos reímos, porque él iba manejando y no le gustaban las canciones de las niñas, pero se aguantó y dijo que estaba bien, si le daban luego chance de cantar canciones de caballos.

Le tocó el turno a Enrique de cantar, y lo que escogió fue la canción de los elefantes, ésa que dice que un elefante se columpiaba sobre la tela de una araña, y luego de un rato Alejandro y las niñas ya no lo aguantaron, porque nos mareamos con tantos elefantes y tantas montañas.



# La Pandilla de Miguel

Al principio como que la carretera que va a la sierra rodea las montañas y va subiendo, subiendo, hasta un lugar que se llama la Puerta del Cielo, que es lo más alto y que estaba lleno de neblina cuando llegamos. Ahí sí me puse con la piel chinita, con un nudo en la garganta, y me dieron ganas de estar con mis papás y mi hermanita Gaby, porque está muy padre, y te sientes como en las nubes.

—Es que sí estás en las nubes— dijo el tío Héctor. Estamos en la parte más alta del estado, donde cambia la atmósfera, y por tanto la vegetación. Fíjate que pasamos de la zona semiárida de Ezequiel Montes para llegar a donde hay pinos, y vamos a detenernos en Pinal de Amoles, en un bosque de coníferas para comer algo y descansar.

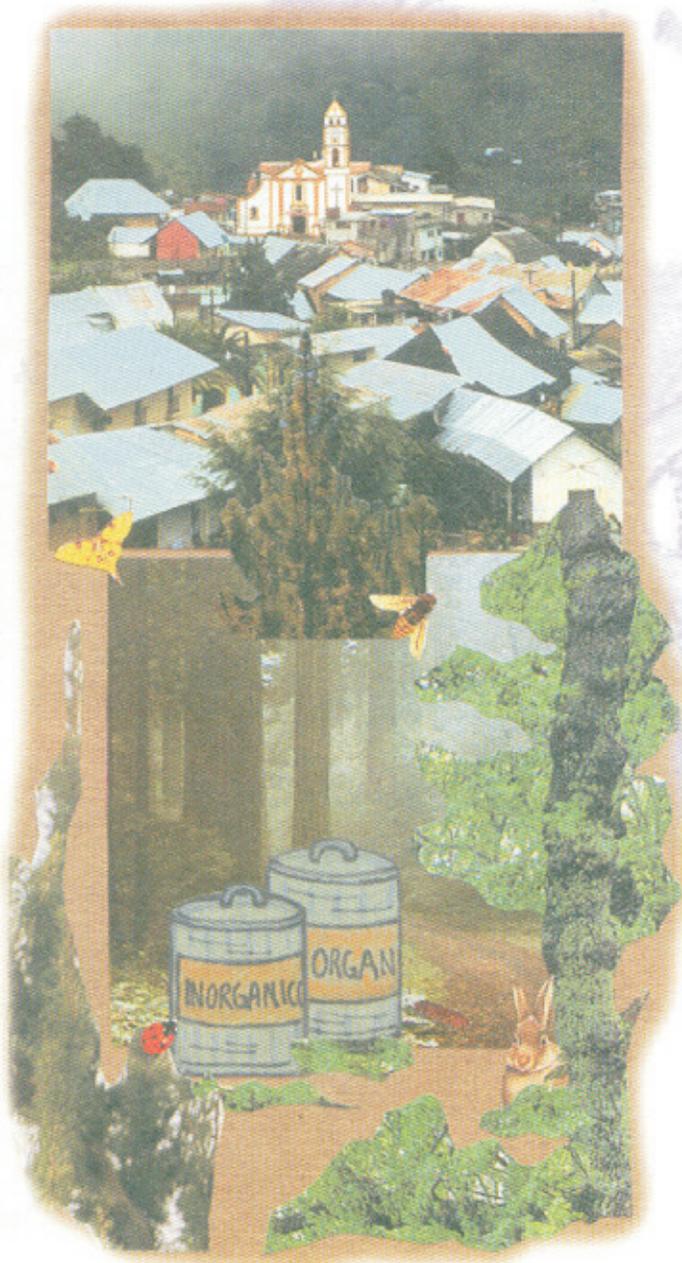
Esto que me dijo Héctor lo apunté bien en mi cuaderno, porque dos cosas me impresionaron: lo de la zona semiárida, que quiere decir que no estás en un lugar de mucha vegetación sino casi casi en el desierto, y eso de las coníferas, que son árboles que dan

como conitos, como las bellotas que se comen las ardillas de las caricaturas.

Entonces llegamos a uno como jardín natural que tienen en Pinal, en medio del bosque, para tomar un almuerzo. Había mucho pasto, estábamos rodeados de árboles y en medio habían construido una especie de cabaña con asadores para carne, bancas y mesas. Cuando llegamos que vemos pasar un conejo corriendo. Era un lugar padrísimo, más padre que cualquier parque, porque era un inmenso parque natural. Ahí había un letrero que decía que ese lugar había sido otorgado por el pueblo y el gobierno para que uno lo disfrutara, pero que pedían que lo respetáramos, que lo dejáramos limpio. Entonces me di



cuenta de que por toda la Sierra hay botes de basura para desechos orgánicos, como cáscaras de frutas y otros botes para vidrio y cosas que se puedan reciclar. También hay mapas y letreros que dicen que cuidemos a los animales en peligro de extinción y otros que nos dicen cómo evitar los incendios forestales. Total, unos campesinos que estaban sentados en otra mesa nos dijeron que hay un equipo muy grande de personas, el Grupo Ecológico Sierra



Gorda, que está dirigido por una señora que se llama Martha Isabel, pero le dicen Paty. Yo me la imaginaba como una generala, así gruñona y viejita, pero la conocimos en Jalpan y es una señora muy a todo dar, luego cuento su historia.

Bueno pues después de estar disfrutando el bosque, bajamos y bajamos curva tras curva, hasta llegar a la pequeña ciudad de Jalpan que está en un zona tropical donde hace calor y hay ríos y está fresco por las noches. A una cuadra del jardín y de la misión, está la casa de la tía bisabuela de mis amigos, quien ya nos estaba esperando con una comida riquísima con cecina y frijoles.

Las primas de Alejandro y Miriam son muchachas del campo que fueron de visita para saludarnos, y su papá tiene una granja que queda como a media hora, por una carretera de terracería. Ellas me platicaron la historia del Grupo Ecológico, porque son voluntarias ahí, o sea que van a trabajar gratis en sus ratos libres, porque dicen que les preocupa mucho el futuro del bosque y la naturaleza.

Yo nunca había conocido a niñas tan felices, será porque trabajan en un



bosque, para que la gente cuide los árboles nuevos, no corte sin permiso los árboles grandes y no haya incendios ni basura en los ríos.

Una de las primas se llama Juanita, y la otra Elvira que pronto va a cumplir quince años. Le van a hacer su fiesta y su misa, ya está invitando a sus padrinos. Entonces le pregunté qué le va a regalar su tía viejita, yo me imaginaba que un perfume o un animal de peluche que le gustan a las niñas, pero ella me dijo que quería tres gallinas y un gallo para empezar su granjita propia. A mí me iba a dar risa pero ella estaba muy seria, y me dijo que en las casas de los ranchos a veces cada quien tiene sus gallinas, que les dan de comer lo que sobra de la comida y que ellas a cambio dan huevos. Elvira está como Enrique: todo el día están pensando en los negocios que van a tener cuando crezcan.

A la mañana siguiente comenzamos nuestro trabajo: bajamos todas las cosas de la camioneta y nos pusimos entre todos a limpiar el corral, que tenía jaulas, muebles viejos, gallineros vacíos y macetas rotas. Me di

cuenta de que a veces así tengo mi cuarto, hecho un tiradero como dice mi mamá, y por primera vez le di la razón, de que hay que tirar la basura y no tener todo por ningún lado. Total que no pudimos cavar nada, sólo hicimos planes y el tío Héctor sacó el equipo de detección de tesoros.

El aparato que alquiló Héctor se llama péndulo radiomagnético. Es un nombre difícil pero sirve muy bien para buscar oro y plata. Tiene un círculo de metal con alambre de cobre y una



brújula en el centro. Con eso podíamos detectar metales a una profundidad de veinticinco metros, y a cien metros a la redonda. Cuando lo sacó y comenzamos a hacer un trazo del corral, nos emocionamos mucho, pero no podíamos accionarlo mientras hubiera en la tierra pedazos de tractores viejos, patas de sillas metálicas todas oxidadas, los gallineros y muchos triques. Terminamos de recoger a las seis de la tarde y luego nos bañamos.

Fue la vez que más me gustó

bañarme. Ellos no tienen calentador de gas, sino de leña y papeles. La tía compra unos paquetitos de viruta de madera envuelta en periódicos, y el agua se calienta en unos minutos. Aunque estábamos muy cansados, el baño nos reanimó, y después nos sentamos en sillas alrededor del patio a contar cuentos de espantos.



A mí la verdad sí me dio miedo, tenía ganas de ir al baño pero no quería ir solo, porque había que atravesar el pasillo que estaba completamente oscuro. Y el gato que tenía la tía se me quedaba viendo, con sus ojos grandes y amarillos con rayas negras, como si supiera que me daba terror oír las historias de la tía y las primas. Uno de los tíos mayores trajo una olla de café, las tías servían tamales, y cada uno iba narrando su leyenda favorita, como si esa noche fuera una repetición de muchas otras en que se sentaban alrededor de lo que fue un pozo, sin dejar de hablar del *indio sin cabeza* que se aparece por las noches en el monte, de la *llorona* que cruza el pueblo envuelta en un rebozo blanco mientras va gimiendo por sus hijos, o del animal que es como un puma mágico, que cuando hay luna llena se come a las vacas y deja a los becerros sin mamá.

Al día siguiente por fin pudimos comenzar a cavar, aunque primero tuvimos que repartir todos los cachivaches para no dejar basura en la calle, y las primas quisieron preguntarle a doña Paty, la del Grupo Ecológico, qué



hacer con los materiales para reciclarlos mejor. Ahí sí que me apantallaron.

Imagínate que vas por un pueblo viejo, como de los siglos pasados con



su calle empedrada y señores que van junto a su burro y entras en una casa como todas, con sus ventanas enrejadas que dan a la calle y de repente la oficina tiene computadoras, máquina de fotocopias, fax y todos los equipos modernos, como un banco o algo así. Unos veinte muchachos, amigos de las primas Juanita y Elvira, estaban haciendo carteles, preparando cursos para los niños de las escuelas y material didáctico para que las personas de las comunidades aprendan a cuidar la naturaleza.

Y en eso que conocemos a Paty. Ella se viste como las serranas, con su pelo largo y sus huaraches y se ríe con unas ganas que te contagia. Platica con gusto, tiene como chispas de luz en los ojos, y yo creo que por eso logró convencer a tanta gente de ponerse a trabajar para rescatar el medio ambiente. Frente a su oficina hay jaulas que sirven de hospital a animales heridos, que cuando se curan son trasladados de nuevo a su hábitat, porque así se llama donde viven en libertad.

Aprendí mucho de los animales que hay en la Sierra: águilas, zopilotes, halcones, pumas, gato montés, guacamayas, pericos, venados... nunca me imaginé que hubiera tantas especies, algunas en peligro de extinción, tan cerca de mi casa.

Unos muchachos le contaron a

Enrique que había un lugar profundísimo, como un inmenso agujero en la tierra, que era el Sótano del Barro, donde bajaban los exploradores y encontraban animales muy raros. Es uno de los orificios naturales más grandes del mundo. Enrique hizo muchas preguntas y luego se quedó muy callado hasta la hora de dormir.

Al día siguiente, en el desayuno, dijo que quería ir al Sótano, que ya no quería cavar tesoros. Hubo votación y se decidió que no, porque todos los votos estaban contra el suyo. El tío Héctor dijo que era muy peligroso ir sin equipo adecuado, sin experiencia, sin condición física, sin víveres y sin mapa. Enrique se molestó y a media mañana, cuando estábamos todos cavando, empapados en sudor, se apareció en el corral con su mochila diciendo que ya se iba, porque no estábamos de acuerdo con su propuesta.

Héctor le dijo que si quería irse, él tendría que comunicarse con su papá para decirle. Los demás quisimos hablar con él pero sólo conseguimos que se enojara más. Así que lo despedimos en



## La Pandilla de Miguel

la puerta de la calle, y él ni siquiera nos respondió cuando dijimos adiós.



Miriam se puso muy triste, dijo que habíamos perdido a un amigo, y la tía Lili nos trató de animar con música y una jarra de limonada. La tía viejita

apareció cuando todo había pasado y no entendió de qué se trataba. Seguimos trabajando y pasaron dos horas. Entonces, que oímos la voz de Enrique:

—Muchachos, vengo a pedirles disculpas. Ya me di cuenta de que cuando hay votación de mayoría, uno tiene que aceptar lo que decide el grupo —su mirada estaba en el suelo, y sus mejillas rojas. Tenía el pelo sobre la frente, y se podía ver que era distinto al Enrique que se fue furioso unas horas antes.

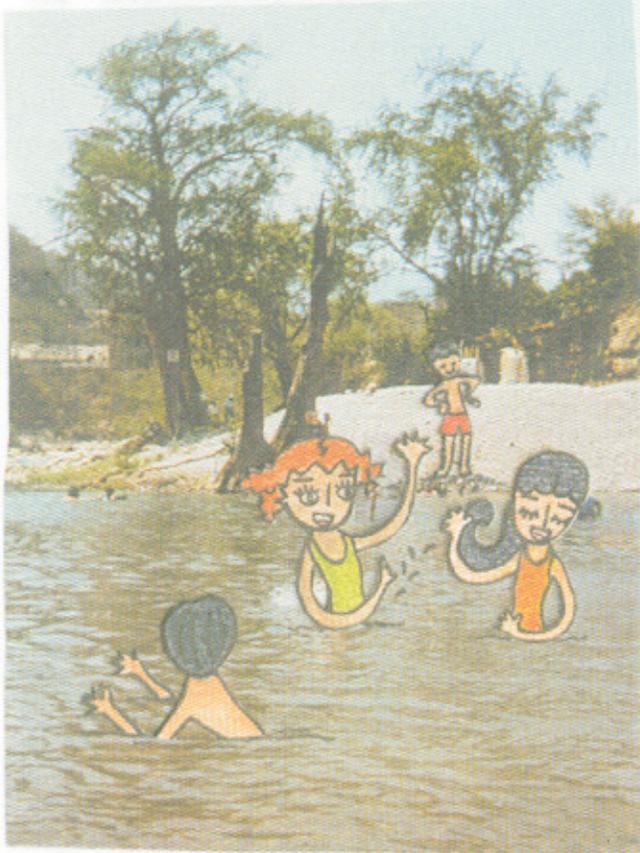
Yo no sé qué le dijo el tío Héctor, o cómo lo convenció. El caso fue que Enrique cambió por el resto del viaje. Hasta acompañó a la tía al mercadito al día siguiente para cargar las frutas.

Durante tres días cavamos y cavamos, buscamos el tesoro sin suerte, porque sólo encontramos latas enterradas, o los huesos de un perro que había sido muy travieso, o unas llaves largas con su chapa, que nos repartimos entre todos, junto con unas herraduras de caballo y un cuchillo largo y café.

Las ollas de monedas antiguas de oro, las barras de plata y las joyas fabulosas no estaban más que en nuestra imaginación. Pero fuimos encontrando otro tesoro más grande aún: nuestra amistad, porque nos hicimos amigos de veras para toda la vida.

Platicamos muchísimas horas de nuestras familias, de lo que íbamos a





hacer de grandes, de los novios, de si habíamos tenido un primer beso y qué se sentía, de lo importante que era salvar la naturaleza, de que Enrique ya no iba a ser millonario, sino que iba a ser un explorador de esos que toman fotos y hacen reportajes para la tele o las revistas. Yo les dije que estaba muy feliz de que la Sierra fuera Patrimonio Natural de la Humanidad, lo que quiere decir que las Naciones Unidas protege su territorio. Y se nos pasaron los días.

Fuimos a pescar y a nadar a los ríos, en parejas o en grupitos. Cada quien era libre de hacer lo que quisiera,

siempre y cuando avisara a qué horas regresaba. Todos lo cumplimos. Las niñas fueron a casas de otros amigos y parientes de la zona y un día visitaron al más importante de todos, porque era un mayordomo.

Yo les pregunté muy serio si ahí cerca había un palacio de una familia de millonarios, que no se viera desde la carretera, porque los mayordomos que yo conocía eran del cine o la televisión, como el del *Príncipe del Rap* o el del tío

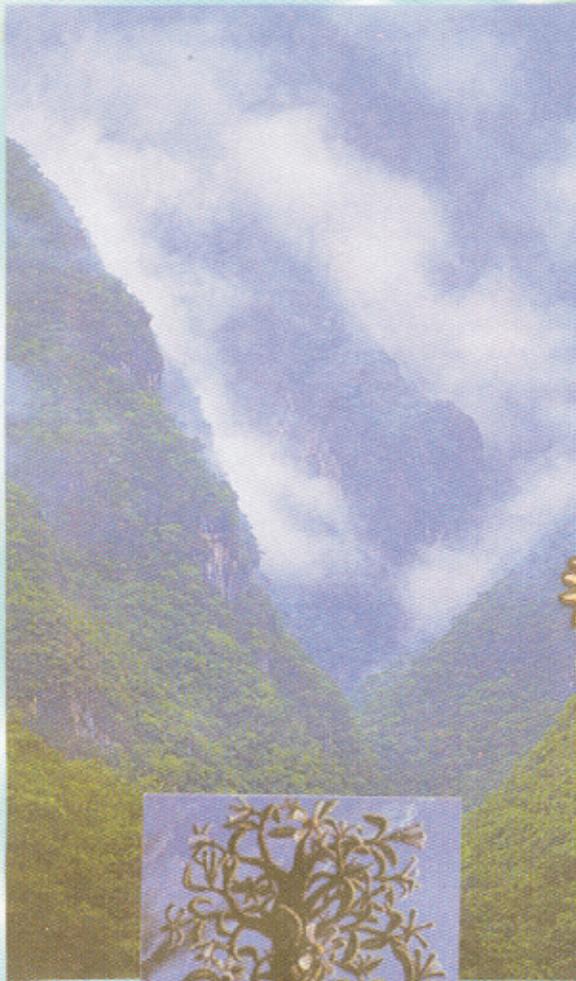


*Rico Mac Pato.* Pues no, resulta que es una costumbre de hace muchísimos años, quizá siglos. Un mayordomo es un señor del pueblo que se encarga de reunir el dinero de todos y organiza las fiestas, sobre todo las religiosas. Es una persona muy importante como el presidente municipal, y todo el mundo le tiene respeto y cariño. Eso se me hizo muy padre, que seas valioso para tu comunidad aunque no hayas ido a la universidad ni tengas un negocio, pero que todos te traten con mucha admiración y que tú respondas a su confianza ordenando todo para la

festividad del santo patrono. Y pensar que desde hace tantos años, en muchas partes del país se tiene la costumbre de las mayordomías. Y pensar que yo no sabía nada de eso. A veces me siento como un burro, como dice el profe que son los que no quieren estudiar. Pero yo ahí me sentí como un burro de la vida, no sé si me entiendan.

Las noches en Jalpan estaban llenas de estrellas y luciérnagas, con enredaderas que dan flores que huelen a perfume, más rico que el de mi mamá, y cuando limpiamos el corral hicimos una hoguera con las ramas del aguacate, luego nos sentamos alrededor y asamos bombones.





SIERRA GORDA

El tronco lo cortamos también y lo dejamos acomodado para el invierno, para que poco a poco lo vayan quemando en el horno o el calentador de agua. El tío Héctor y el papá de las primas sabían tocar la guitarra y cantar canciones rancheras, viejísimas, de la revolución o antes. Yo nunca había estado en una lunada, hasta esa semana

en que pensaba que me iba a aburrir, o que íbamos a encontrar el fabuloso tesoro.

Antes de venirnos, llegaron las primas con unos arbolitos que les habían regalado en el Grupo Ecológico y la tía viejita, hermana de la bisabuela, nos dijo cómo sembrarlos en el corral: aquí el durazno, en aquella esquina el mango y los limoneros de este lado. Nos dijo que iba a plantar varios frutales más, y que nos iba a invitar cada verano a saborear nuestra cosecha.

Yo creo que ella se va a morir cualquier día, porque tiene como noventa años. Pero también pienso que va a seguir viviendo en esos arbolitos nuevos y en los frutos que van a dar. A veces me siento así, como un poeta y me da nostalgia y emoción y me pongo a escribir cosas como esta narración que te acabo de contar.

